

ESPINOSA Y SU RETRATO DE BOLIVAR

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Don José María Espinosa, figura que cruza por la historia patria estrechamente unida al nombre de don Antonio Nariño, y en cuyas actuaciones han reparado muy poco las nuevas generaciones, es pilar de importancia en la formación de nuestra nacionalidad y a él se deben los pasos iniciales de la plástica colombiana.

El mismo habla, con acento amargo y desencantado, de sus días de lucha. He aquí sus palabras: "Hoy no se disfruta ya de ese placer puro, de ese regocijo que inspiraban aquellos primeros triunfos; los que no fueron testigos de ellos no pueden formarse una idea de esa especie de vértigo, de ese entusiasmo que rayaba en delirio. La generación presente lee con fría indiferencia, si es que la lee, aquella historia, digna de los tiempos heroicos, y no se penetra de los inmensos, de los indecibles y dolorosos sacrificios que ha costado a sus mayores el fundar esta patria que ella ve hoy como cosa de juego y pasatiempo, como cuentos de nodrizas. Si esta generación indiferente y ligera leyese esa historia con ojos filosóficos y con juicio y reflexión, tal vez no estaríamos viendo el seno de la patria despedazado por guerras intestinas, a que da origen una legión de vulgares pasiones o de imaginarias y estériles teorías que pretenden plantearse sin estudiar las condiciones especiales de nuestro país".

En cuanto a mí, me queda la gran satisfacción de no haber derramado sangre de hermanos, si se exceptúa el corto período de guerra civil que siguió a la revolución de 1810 entre centralistas y federalistas; siempre he combatido contra los enemigos nacionales, jamás contra mis compatriotas. Por eso he preferido y prefiero el modesto título de "Abanderado de Nariño", a todos los pomposos grados y empleos con que el gobierno de mi país hubiera recompensado mis hazañas en las guerras civiles que han ensangrentado, empobrecido y desacreditado a nuestra tierra".

Siendo muy importante su actuación como soldado en las guerras emancipadoras, es como artista que le debemos quizá mayor gratitud. El patrimonio que legó con sus óleos de los próceres, documento valiosísimo, ha sido de incalculable valor para los historiadores. Y sus caricaturas de personajes contemporáneos suyos, facturadas en línea zumbona y veraz, reveladora de sutil ironía, que se conservan celosamente en nuestro Museo Nacional, fueron precursoras del género en que se han destacado muchos dibujantes nuestros.

Vamos a ocuparnos hoy de su célebre retrato de Bolívar y las ocurrencias que tuvo su factura. Fue unas semanas antes de la conspiración del 25 de septiembre de 1828, cuando llegó a la casa de Espinosa su tío don José I. París y le dijo: "El Libertador te manda llamar para que vayas a retratarlo". El artista preparó un marfil y salió en seguida para palacio en compañía de su pariente. Después de presentado a Bolívar, quien le hizo un cariñoso recibimiento, el pintor preparó sus elementos de trabajo y se colocó frente al héroe que ya posaba con los brazos cruzados. ¿Ya está? Preguntó éste a los pocos minutos, cuando apenas estaba comenzando el esbozo. Al recibir la respuesta de que todavía faltaba mucho, estiró los brazos y dijo: "Puede usted venir cuantas veces quiera a las once, antes de que se reúna el Consejo". Efectivamente, Espinosa estuvo puntual a las once los siguientes días. A la tercera sesión sufrió el disgusto de un mal entendido. Estaban en silencio los dos, en el amplio salón, cuando de pronto dijo Bolívar: "¿En dónde está usted?" A lo que respondió el pintor: "En ninguna parte, señor, no tengo destino". "No, —dijo el Libertador— en que facción de la cara"... "En los ojos", fue la contestación del artista que había pensado por un instante que el Presidente le iba a dar una magnífica colocación.

Pero el detalle no pasó inadvertido para el grande hombre, porque al siguiente día le dijo: "¿Quiere usted ir a Italia a ver las obras de los grandes artistas?" Ante la afirmativa contestación agregó: "Se irá usted con el señor Gual; el gobierno le costeará el viaje y todo lo necesario; con que usted reciba algunas lecciones de uno de los pintores más afamados tiene para venir a poner su escuela".

El trabajo se prolongó por ocho días más. Una tarde, el Libertador se estaba paseando por la sala con el coronel Wilson. El coronel Santana estaba sentado en una silla leyendo un periódico. De pronto se acercó Bolívar a la mesa de trabajo, miró el retrato y dijo: "Santana: ¿sabe usted a quién se parece? A aquel viejo Olaya de La Mesa". El coronel se acercó al marfil, observó y al descuido le dijo a Espinosa: "No le haga caso que va muy bien; está idéntico". A los pocos días terminó el trabajo; dejó una copia para sí y llevó el original a palacio, donde lo entregó al Libertador en presencia de los ministros quienes elogiaron calurosamente la obra por la fuerza y parecido asombroso.

El proyecto del viaje a Italia iba muy adelante. Ya se soñaba Espinosa recorriendo las calles de Roma, visitando los museos de Florencia, estudiando los frescos de los renacentistas, etc., pero la conspiración contra la vida de Bolívar echó por tierra todos los papeleos y todas las ilusiones.

Por la copia que guardó en su poder, el artista hizo varios óleos, entre ellos el célebre de cuerpo entero, que corre en litografías por los países bolivarianos, y el cual sirvió para que el general Tomás Cipriano de Mosquera le mandara la siguiente carta:

Bogotá, 6 de junio de 1864.

Señor José María Espinosa.

Mi apreciado amigo y antiguo compañero:

He visto el magnífico retrato que usted ha hecho de mi ilustre general el Libertador Bolívar; al verle ese semblante triste en sus últimos días, me ha traído a la memoria la imagen del héroe, y su semejanza es tal, que deberá llamarse el Bolívar de Espinosa.

Felicito a usted por su inspiración artística, pues con ella va usted a perpetuar la imagen de Bolívar.

Suyo cordialmente,

Tomás C. de Mosquera

Y aquí viene lo curioso del asunto y se revela el sentido especial que poseía Espinosa para sacar partido humorístico de todas las situaciones: el general Mosquera recomendó este retrato para que fuera adquirido por el Congreso, en la suma de mil pesos. Entró a ser discutido en el presupuesto de gastos. A los pocos días el ansioso pintor preguntó a unos representantes cómo iba la cosa y le contestaron: "Se rechazó porque es muy caro, lo más que vale un retrato son cien pesos". A lo que instantáneamente replicó Espinosa: "Eso será el de un representante, pero el del Libertador...".